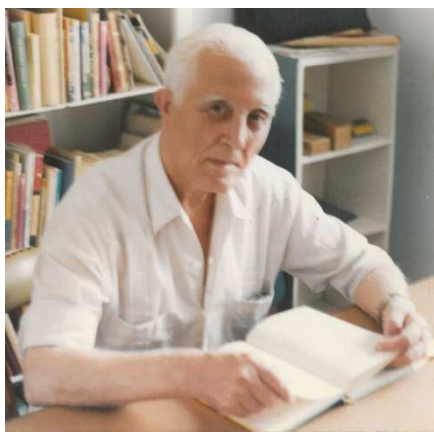


LAS FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS DE CAUDETE

Por Jesús Sánchez Díaz



D. Jesús Sánchez Díaz

“La Muy Noble, Muy Leal y Fidelísima Villa de Caudete, una de las 29 primeras que, con el nombre de **Capdet** tuvo el **Regne** de Valencia, con derecho a voto en sus Cortes desde 1250, según lo atestigua Mariano Madramón y Calatayud en su Tratado de la Nobleza de la Corona de Aragón, y del que fue durante más de cuatro siglos **“puerta”**, por hallarse como empotrada en el Reino de Castilla, entre sus poderosas vecinas Almansa, Yecla y Villena, como claramente se desprende de su escudo heráldico, hasta que en 1707 fuera violentamente separada de su región histórica tras la Batalla de Almansa, tan nefasta para el antiguo reino valenciano, celebra con inusitado esplendor y entusiasmo unas tradicionales Fiestas de Moros y Cristianos durante los días del seis al diez de septiembre, ambos inclusive, en honor de su excelsa Patrona la Virgen de Gracia, cuya sagrada imagen, salvada por el diácono benedictino Ciprián Español del horroroso incendio de Monte Casino, provocado por los longobardos, y llevada por el mismo monje al monasterio de su Orden existente a poca distancia de la antigua Villa en el 607, fue enterrada por la comunidad el año 714, ante el temor de su posible profanación por los moros, y descubierta milagrosamente bajo una frondosa retama en 1414, en el sitio indicado por la Sma. Virgen, aparecida en la Sierra de Zafra (Alhorines) al pastor Juan López, natural de Paracuellos de la

Vega (Cuenca), un manco de nacimiento al que proveyó del brazo que le faltaba para que no dudase de quien se le aparecía. Dicha Sagrada Imagen tuvo los honores de la coronación canónica en 1907, con motivo de celebrarse el XIII siglo de su llegada a la Villa caudetana, con la debida autorización del Sumo Pontífice San Pio X, que se dignó bendecir la valiosísima corona hecha en Italia y donada por el fabuloso Don Francisco Albalat Navajas, Conde de San Carlos, insigne benefactor de su pueblo natal, donde invirtió su gran fortuna.

El origen de dichas Fiestas de Moros y Cristianos se remontan al año 1617, en el que se acordó celebrarlas durante los días 4, 5 y 6 de agosto, trasladadas luego a septiembre por exigencias de la recolección de cereales, si bien su forma actual data del 1800.

Ya en el Siglo XVII se celebraban con gran profusión de **luminarias** y **pólvora**, representándose, además, en el interior del templo parroquial el Auto Sacramental titulado **“El Lucero de Caudete”** que, transformado después por D. Juan Bautista Vespa en el poema **“Los Sarracenos”** y reformado en 1907 por los señores D. Manuel Martí Herrero y D. Manuel Bañón Muñoz, dándoles el nombre de **“Episodios Caudetanos”**, viene representándose actualmente en la Plaza de la Iglesia los días 7, 8 y 9 de septiembre al aire libre, con centenares de asientos y un majestuoso castillo de madera de tres plantas, en medio del mayor silencio y atención por parte de los espectadores.

Ya en 1625 precedía a la Sagrada Imagen en su traslado del santuario a la Parroquia, y viceversa, una compañía de devotos, vestidos a la usanza del país, provistos de arcabuces, que fue, sin lugar a dudas, la célula madre de las cuatro comparsas tradicionales que ahora intervienen en las Fiestas.

Tal como vienen celebrándose en la actualidad desde el 1800, según hemos dicho, se caracterizan por su acendrada religiosidad, girando casi todos los actos en torno a la Sagrada Imagen de la Virgen de Gracia. Solo en los últimos años viene dándose cabida en el programa oficial a diversas manifestaciones deportivas, culturales y de competición artística, muy del gusto de la juventud, pero sin alterar el número de comparsas ni los actos tradicionales, que siguen inmutables.

El día 6 por la mañana se concentran en las **“Puertas de Valencia”**, punto de arranque del ancho camino o **“vereda”** que ponía en comunicación a Caudete con su **“Reino”**, las colonias de caudetanos residentes en Valencia, Alicante, Barcelona y Madrid, en unión con miembros de las comparsas, todos de paisano, y sus respectivas bandas de música, así como de las Autoridades, llegan a la Lonja, donde se efectúa la salutación a la Patrona de Valencia, cuya imagen preside el histórico lugar, a la que se le canta una Salve. Luego, al toque de oración y a los acordes de la marcha real, se iza la bandera nacional entre las del movimiento y se da comienzo a las Fiestas patronales.

Por la tarde, ya oscurecido, se efectúa la ENTRADA OFICIAL de las tradicionales Comparsas, debidamente uniformadas esto es, la de los Moros con muy diversos atavíos árabes, la de los Mirenos en traje de bandidos de Sierra Morena, la de los Guerreros con la indumentaria de los de D. Jaime I, y la Antigua con traje de etiqueta negro y sombrero de dos picos, a estilo dieciochesco.

Esta **“Entrada”** es por demás pintoresca, lujosa y atractiva, dado que en ella desfilan multitud de carrozas ocupadas por las reinas de belleza de cada Comparsa y del Ayuntamiento con sus

damas de honor; bandas de cornetas y tambores y un número extraordinario de chicas y de jóvenes, que lucen lujosos trajes y atuendos moro-cristianos de épocas pretéritas, que efectúan vistosas evoluciones en medio del entusiasmo y los aplausos de un público que por lo menos duplica el número de los 8.000 habitantes de hecho con que cuenta Caudete, el cual riñe fuerte batalla de confetis, serpentinas y caramelos con las señoritas y demás ocupantes de las carrozas y diversos vehículos muy adornados que también intervienen en el desfile, que se disuelve en la Plaza de la Iglesia, hoy del Caudillo.

Por la noche se efectúa una grandiosa RETRETA a la que asisten las Comparsas con sus respectivas bandas de música portando las tradicionales FAROLAS, y recorren el itinerario acostumbrado, verificándose al final una gran verbena en el Paseo Jardín.

Al amanecer de los días siete, ocho, nueve y diez, hay volteo general de campanas y se disparan morteretes, procediéndose seguidamente a un alegre pasacalles en el que acompaña mucho público a las comparsas, sin cesar de disparar fuertes petardos.

El día siete, muy temprano, la Corporación Municipal, las Autoridades locales, las Jerarquías, el Clero Parroquial, Comunidad Carmelita, la Ilustre Mayordomía de la Virgen, las Comparsas históricas y numerosísimo público acuden al Santuario de la Virgen de Gracia, situado junto a la carretera de Villena, a unos dos kilómetros de la población, desde donde se organiza la solemne PROCESIÓN de traslado de la Augusta Patrona en magnífica carroza, a la iglesia parroquial de Sta. Catalina, V. y M., desfilando en primer término las antedichas Comparsas de Moros, Mirenos, Guerreros y Antigua, con sus

respectivos capitanes, “volantes” y abanderados, en medio de incesantes disparos de los arcabuces.

A mitad de trayecto, en el paraje de la Cruz, sitio al que afluyen los antiguos caminos de Biar, Villena, Salero, Pinoso y Yecla, se desarrolla una gran batalla entre los bandos Moro y Cristiano, formado éste por los Guerreros, Mirenos y Antigua, resultando vencedor el primero, hasta que llega la Sagrada Imagen, ante la cual se efectúa el “**Ruedo de Banderas**” por los abanderados de la Antigua, de los Guerreros y de los Moros (los Mirenos carecen de ella y solo tienen estandarte).

Este ruedo de banderas es único en España.

Colocados los abanderados en el centro de un corro marcado por los arcabuceros de las respectivas Comparsas y a los acordes de la Marcha Real interpretada por cuatro bandas de música, empieza el fantástico alarde de dar **ciento ochenta** vueltas a las pesadas banderas, sin que se enrollen, distribuidas en cinco turnos de a 18 vueltas, con ambas manos y a una sola, alternando la derecha con la izquierda, por encima de la cabeza y por la cintura, estando de pie, y otras tantas de rodillas, cambiando de dirección en la marcha de la bandera cada tres vueltas, alzando la insignia de graciosa y gallarda manera al compás de la bandera de la Antigua, que es la más próxima a la Virgen. Hasta hace poco, una descarga general y cerrada de todos los arcabuceros, previamente preparados, acogía el final del emotivo acto cuando el abanderado rendía la insignia deponiéndola en el suelo como homenaje a la celestial Señora.

Al entrar la Sagrada Imagen en la población, a poca distancia de la “Puerta de la Villa”, se le canta el Himno de Bienvenida a cuatro voces y gran orquesta.

Cuando la Virgen ingresa en el templo parroquial, las Comparsas, concentradas en la plaza del Caudillo, redoblan los disparos de sus arcabuces y el enfervorizado pueblo la recibe con vítores y aclamaciones, haciendo retumbar las bóvedas del templo y hasta la airoosa cúpula o “media naranja” que se eleva por encima del crucero, característica de los templos de la diócesis de Orihuela, a la que perteneció Caudete desde su creación en 1565 hasta el año 1950. Con el canto de los “Gozos”, que empiezan y terminan con la estrofa: “Pues sois de Caudete aurora – luz, amparo, norte y guía – Virgen de Gracia, María, - sednos Madre y Protectora”. Estos gozos relatan toda la historia de la Sagrada Imagen y los favores concedidos a su Villa. En una de las estrofas se le dice: “Sois imagen milagrosa – y concedéis las venturas – Vos sanáis las calenturas – y dais la lluvia copiosa; - sea la muerte dichosa – de los que os aman, Señora”.

A continuación, como se hace los demás días, se efectúa la celebración de una misa solemne cantada, a toda orquesta y con sermón alusivo a la parte de tradición mariana que se conmemora.

Por las tardes se efectúan las guerrillas y después de ellas se desarrollan sucesivamente los tres actos de que se componen los “Episodios Caudetanos”, que es otro número festero sin par en España.

El primer acto –el del día siete- se refiere al entierro de la Sda. Imagen por los benedictinos, que parten para las “Asturias” y la conquista del castillo por los Moros.

El segundo acto, que es el que se representa el día ocho, tras emotivas embajadas, conmemora la toma de la Villa y del fuerte

caudetano por las aguerridas huestes de D. Jaime I el Conquistador mandadas por Don Artal.

El tercero y último se quiere justificar la expulsión de los moriscos, que se efectúa con gran comicidad, y al no haber ya musulmanes en el término, se presenta Juan López, el enviado por la Virgen, para acompañar a las Autoridades y a todo el pueblo al lugar donde se encuentran las imágenes de la Virgen de Gracia y del Obispo San Blas, que son desenterradas y expuestas a la pública veneración en medio del mayor asombro y entusiasmo, haciéndose VOTO de celebrar todos los años cuatro días de fiestas en su honor.

A las ocho de la tarde del día siete acuden a la iglesia parroquial, en medio del disparo de atronadores petardos, las Colonias caudetanas antes mencionadas, yendo las mujeres ataviadas con los respectivo trajes regionales; las Comparsas acompañadas por sus respectivas bandas de música, la Corporación Municipal, Jerarquías y Cofradías, para efectuar la Ofrenda de Flores a la Sma. Virgen, ante la cual queda formada una verdadera montaña floral.

Por la noche, tras la verbena celebrada en el Paseo Jardín, se dispara una gran traca y una esplendorosa “palmera”.

Lo principal del día ocho es la procesión general con la Imagen de la Sma. Virgen en su majestuosa carroza por un itinerario fijo, desfilando en perfecto orden militar las Comparsas, cuyos quinientos miembros no cesan de disparar sus arcabuces.

En la Plaza del Carmen se cantan villancicos y se ruedan las tres banderas.

Cuando la Virgen está entrando en el templo parroquial, las Comparsas, concentradas en la plaza del Caudillo, atruenan el espacio con el nutrido y ensordecedor fuego de los quinientos arcabuces, que saludan así a la celestial Señora.

Entre dianas mañaneras e incesantes truenos, misas solemnes, ruedos de banderas, representaciones de los Episodios Caudetanos, desfiles, castillos de fuegos artificiales, verbenas y regocijantes tracas, exposiciones y certámenes diversos, se llega al día diez, en cuya tarde se efectúa el traslado procesional de la Patrona a su Santuario, procediendo las comparsas, que no cesan de disparar y que intensifican enormemente los disparos cuando la Sagrada Imagen se dispone a entrar en el templo, donde la saludan los centenares de caudetanos allí reunidos con el canto de los “Gozos” y los acostumbrados vítores.

Tras las aparatosas y estruendosas “bombas” con que acaba el último alarde pirotécnico en la noche del 10, rendidos de cansancio y de sueño después de cinco días en los que no han parado un instante y apenas han dormido, roncos de tanto vitorear a la Patrona y de cantar hasta desgallitarse los “Gozos” de Nuestra Señora, ensordecidos por los estentóreos trabucazos que han consumido cinco mil kilos de pólvora, con los bolsillos vacíos por los grandes desembolsos requeridos por los gastos extraordinarios para los trajes comparsistas, los arcabuces, la pólvora, los petardos, las flores, el tabaco selecto, las bebidas, la iluminación, las carrozas, el adorno de las calles y la generosa hospitalidad dada a los millares de caudetanos residentes en las provincias de la Antigua Corona de Aragón, Madrid y el Sur de Francia principalmente, que acuden a su pueblo natal para orar ante la Patrona y pasar unos días con los familiares y deudos,

recordando momentos inolvidables, aunque todos satisfechos y con el firme propósito de prepararse debidamente para las próximas fiestas septembrinas, dan por terminado los tradicionales festejos los habitantes de la progresiva y Noble Villa históricamente valenciana y geográficamente alicantina, cuyo término, situado por entero en la cuenca del Vinalopó, forma parte la comarca natural de Villena, de la que solo dista 13 kilómetros, menos de la mitad que de Almansa, y con idénticos cultivos, costumbres y carácter de sus habitantes, a pesar de pertenecer por ironías del destino y en contra de toda lógica, a distinta provincia.

Finalizamos estas líneas haciendo votos por el acrecentamiento de las ya intensas relaciones entre Caudete y Viena, y para ambas poblaciones, hermanadas por la naturaleza, pedimos la protección de la Reina del Cielo, a la que saludamos con el grito tradicional caudetano “¡Vítor la Virgen de Gracia!” “¡Vítor Nuestra Señora de las Virtudes!”.”

Transcripción de los apuntes personales de Don Jesús Sánchez Díaz, cronista oficial de la Villa.